

Ings. en M. G. 11-1-1915



PRECIO: UNA PESETA

632

JOSÉ MARÍA DEL BUSTO

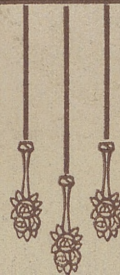


CÓMO SE FORMA

UN CORAZÓN



CONFERENCIA



MADRID.-1915
IMPRESA CERVANTINA
SAN MATEO, 28, BAJO

6320

41000583

CÓMO SE FORMA UN CORAZÓN



JOSÉ MARÍA DEL BUSTO

CÓMO SE FORMA UN CORAZÓN

Conferencia pronunciada,
por encargo del Ministerio
de Instrucción Pública, en el
Círculo Liberal-Conservador
el día 10 de Abril de 1915.



1880

1881

1882

1883

1884

Para unos obreros bizarros, leales, que tuvieron un gesto altivo ante la vulgaridad de una promesa y la mezquindad de una intención, para unos luchadores que buscaban, impulsados por un anhelo generoso, una bandera honrada y un caudillo probo, para los que llegaron al Partido Liberal-Conservador hallando en sus avanzadas a unos guerrilleros mozos que les tendían los brazos con hidalga nobleza, y desde entonces son nuestros hermanos...



Señores :

Queridos y brillantes compañeros míos han ocupado este sitio en días anteriores, realizando una admirable labor de cultura y de civismo, exaltada por su elocuencia, esa elocuencia noble, viril, generosa de la juventud que lucha, que cree, que espera días cercanos de grandeza para la Patria, merced al esfuerzo rudo de los mozos que templan su espíritu en el trabajo, que comienzan la vida rindiendo culto á los dos ideales, únicos jalones de un mañana glorioso, fecundo, renovador: España, el solar santo de los triunfos pretéritos, que hemos de resucitar siguiendo las huellas de los caudillos muertos; el Rey, un Rey joven, valiente, esforzado, encarnación suprema de nuestros anhelos y faro que nos muestra con su gallardía y con su ejemplo un camino venturoso de redención...

...Y por un azar de la fortuna, más bien por una gentil y bondadosa distinción de nuestro joven é ilustre presidente Luis Antón del Olmet, bravo guerrillero, caudillo de temple y de valor que puede enderezar con acierto los primeros pasos, los albores políticos de unos mozos bizarros, fuertes, ganosos de suprimir injusticias y de prodigar mercedes entre los humildes é infortunados que con derecho y con razón las imploran, tócame hoy llegar hasta vosotros procurando, reconocido, no defraudaros. Ello se logrará contando sólo con vuestra benevolencia, ya que no es asequible por la parvedad obligada de mi esfuerzo, aun poniendo en el empeño todo el entusiasmo, la atención y la diligencia que demandan vuestra nobleza hidalga y mi gratitud sincera...

Razón del tema.

Otros han hablado—con mayor acierto y galanura que yo pudiera hacerlo—de la educación del niño infortunado, á quien unos padres sin corazón olvidan, como un pregonero de la deshonra que envilece, bajo las alas misericordiosas de la caridad; del problema intenso, pavoroso, magno de los campos yermos, sin brazos abnegados y fuertes que lleguen hasta las entrañas de la tierra

fecunda; de los deberes ciudadanos, fuentes de prosperidad donde acudieron los hombres de los pueblos más vigorosos para iniciar las horas de grandeza que hoy alcanzaron... Un soldado español y, por español, bizarro, valiente, hidalgo, poeta, os leyó un canto vibrante, aromado de emoción, á la Patria, á la Bandera y al Ejército.

Y creo, sin embargo, á pesar de la suerte que acompañó á todos en la elección y desarrollo de los temas, que no podemos ni debemos cerrar este breve curso de conferencias, dedicadas á los obreros, á nuestros obreros, á los que nos auxilian en nuestra labor con su esfuerzo, con su desinterés y con su entusiasmo, á los camaradas consecuentes, generosos, en cuyos espíritus brotan fecundos un amor y un anhelo: el amor santo á la madre Patria, el anhelo honrado de estudiar, de saber, de engrandecerla virilmente con su esfuerzo, sin hablar un poco al corazón...

Queremos formar los hombres de mañana, la generación nueva, briosa, potente, apercebida de sus deberes y percatada de sus derechos, queremos mirar al futuro, al horizonte que se extiende ante nuestra mirada escrutadora con toda la inquietud y la incertidumbre de una interrogación pavorosa, que sólo nuestra actuación patriótica puede suprimir



felizmente. El impulso fecundo de la raza que tremoló por tierras lejanas los pliegues santos de la bandera augusta, coronando con el triunfo las empresas más grandes y más deslumbradoras de la historia del mundo, aquel espíritu hidalgo, noble, propicio á la aventura, no se ha extinguido aún. Preciso es enderezarlo, adiestrarlo nuevamente para la lucha, para las jornadas futuras, ahora que nos hallamos en un instante supremo y la resurrección del pasado puede ser un hecho si el león castellano sacude su melena y la Patria despierta de su letargo, de su sueño, ese sueño reparador, esa pesadilla dolorosa, trágica en que la sumieron quienes con su gestión desatentada no merecían perdurar en el recuerdo de la madre, triunfadora siempre que los hijos supieron defenderla, debemos aprovechar las enseñanzas de ayer, los esfuerzos de hoy y la promesa seductora de un mañana triunfal, aurora nueva de la raza egregia de Cortés, de Cervantes, del Gran Capitán, de Carlos I...

Leopardi ha dicho: «Cada cual estima que los males fueron mayores que los bienes. La vida cuya imagen ilusiona y encanta no es la que ha pasado, es la que está por venir.»

No obstante, nosotros, por fortuna, no podemos seguir la línea recta, la norma gene-

ral de los pueblos. Es tan esplendoroso nuestro pasado, que diéramos por resucitarlo nuestras vidas...

Y aún es tiempo, y aún el anhelo prende en nuestras almas mozas, dispuestas á la contienda, esperanzadas por la sonrisa luminosa de la suerte...

El pueblo trabaja con fé, las fábricas vascas y catalanas arrojan al cielo espirales de humo, pregonando el impulso rudo de unas regiones prósperas; la tierra pródiga responde magnánima al esfuerzo; Asturias recibe á los hijos que tornan con caudales fabulosos para arriesgarlos altivos, fomentando las industrias patrias; á la vera de las rías galai-cas nacen cerebros potentes, machos bravos, llevando en sus corazones un soplo de los titanes muertos; Castilla resurge como la cuna hidalga de una raza inmortal; una república joven, frontera, infortunada, vuelve sus ojos, velados por el dolor, á la madre que espera con los brazos abiertos...

Aún el genio ibero se yergue triunfador. Cajal, Benlliure, Sorolla, Galdós, Burguete... lo pregonan con la estela gloriosa de su obra excelsa. Alfonso XIII, con una sonrisa inteligente en los labios y el optimismo en el corazón, está en el Trono... España vive.

* * *

Si tenemos solar, anhelos bravíos, pujanza, juventud, fuere insensata cobardía colaborar calladamente al suicidio colectivo, lento, contumaz del pueblo hispano. Una discreta y consciente preparación para el supremo instante del posible éxito nos solicita, ordenando á todos los hombres de corazón y de cerebro que se conduzcan como patriotas abnegados y como ciudadanos dignos de su raza y de su tiempo.

Aportemos nuestro esfuerzo humilde, modesto—pero sincero, entusiasta—á la obra grande, gigantesca de la reorganización nacional. Pongamos los cimientos á la España futura, al mañana que nos acucia con la promesa de cercanas glorias, que esmaltará nuestra labor con la satisfacción íntima del deber indeclinable, cumplido viril y honradamente.

Y ahora, compañeros fraternales y camaradas bondadosos, escuchad.

Los padres.

La tibieza, la parvedad, la indecisión de los padres, veladas, casi siempre, por un deplorable y equivocado afecto, son, en primer término y mayor grado, las causas del

contingente numeroso de mocitos inútiles, sin energías para la lucha, para la vida.

Vemos pulular por esas calles grupos de muchachos grotestos, de un fatuidad despreciable, sólo apercebidos de las oscilaciones de la moda, sólo percatados de que la carrera del hombre es fácil, posible, definida, cuando unos ascendientes legaron una bolsa repleta. Asusta pensar en la situación de esos hombres, sorprendidos por el dolor, cercados por la ingratitud, espoleados por el anhelo de una labor que distraiga sus amarguras y las enaltezca ante la conciencia que despierta. Se hallarán solos, inutilizados para toda obra que demande un esfuerzo mínimo.

Recordarán entonces, en los instantes de impotencia, á unos padres que, por ser demasiado bondadosos, no fueron rectos ni prudentes.

En otro caso, bien deplorable, se exteriorizan las deficiencias de la conducta paterna. No se me alcanza si por una ausencia total de sentido práctico ó por un absoluto desconocimiento de sus deberes y de sus derechos, los padres no estudian la psicología de sus hijos, ya que desconocen su corazón, por no haberse preocupado de formarlo. Así es demasiado frecuente el caso del jefe de familia que impone, sin otra causa ni otro criterio que el de su capricho y el de la obligada



sumisión del pequeñuelo, una carrera, un oficio, sin advertir que el estudio puede dulcificarlo la vocación.

Y si esto ocurre en cuanto al futuro del hijo, á la salvaguardia de su vida, que es hoy lo único que á los padres parece interesante, ¿qué no sucederá con la formación de su espíritu, de su psicología, á la que debe colaborar con una constancia suprema?

En ocasiones, el padre encomienda esta obligación tan íntima, tan delicada, tan suya á extrañas personas, atentas á un sueldo que prolonga una vida. Las más de las veces es el medio, el destino, el azar los que forman los sentimientos, el corazón del niño.

Casi siempre el hijo abandona los brazos misericordiosos de la madre buena con un caudal de dulzura, de nobleza, de bondad, de amor. Es el asilo de sus cuitas, el trono de sus amores, el nido de sus sueños, el regazo santo de la madre. En él nos enseñan lo más grande, lo más honrado, lo más noble que los hombres sabemos, lo único que recatamos á través de la vida, muy dentro del alma, y cuyo recuerdo nos redime y nos salva muchas veces...

Allí aprendimos á querer, á besar, á sentir, á rezar, á agradecer, á llorar...

¡La primera lágrima, el primer beso, la

primera oración! ¿Quién no tiene, luego, al recordarla, un punto de gratitud, á quien, más tarde, no ha salvado una remem-branza, deteniéndole, quien no guarda en el alma la estela de otro beso y en que labios, aún sólo una hora suprema, esas horas que definen y encauzan una vida, no palpité una plegaria, la plegaria que aprendimos en los brazos de nuestra madre y que buscamos, como un escudo, como una reliquia, en arca santa de nuestros recuerdos?

Dándonos, de ordinario, la mujer española, inteligente, piadosa, apasionada, heroína, cuando es madre, la mitad del trabajo hecho, encomendándonos al hijo predispuesto al bien, es cruel olvidar su labor, no volver los ojos al pasado para seguir sus ejemplos, para procurar que los hombres del mañana sean capaces de realizar algo que merezca la gratitud y el recuerdo de los tiempos venideros.

Se me advertirá, señalando casos, menos frecuentes de lo que se proclama, en que un instinto bajo, contumaz, aminorado de seguro si alguien llegara hasta esos corazones, sin otros heraldos que el amor, sin otros auxilios que la dulzura y el convencimiento, delatan al predispuesto, al macho abstruso que debe rematar trágicamente su vida, luego de adicionar á su historia luengos capítulos de

indignidades y de cobardías, cubriendo de de oprobio á su familia y á su pueblo.

Yo quiero, ya que el momento es propicio, rechazar la infamia de los correccionales, causa á veces de estas desdichas, donde el terrible muchacho, travieso y rebelde, que es sólo un infeliz, educado en la penumbra y en el aislamiento, á quien ciegan y enardecen los encantos mundanos, al percibirlos inesperadamente, en una luminosa y diversa policromía de perversidades seductoras, de encantos inéditos, de sensaciones jamás gustadas ni presentidas, se torna en un macho recio, duro, inflexible, hipócrita, que sabe odiar y mentir, como enseñan las rudezas inanes, los castigos despiadados, estériles...

El padre que, al percatarse de las travesuras del hijo, á quien las más de las veces su ausencia de trabajo, de atención, de solicitud, le pusieron en el trance de efectuarlas, le envía á un correccional, es, por lo menos, un egoísta contumaz.

La primera vez que el mozo necesita su concurso, su auxilio, le abandona para recluirlo en una casa de salud. Así atienden algunos señores á las enfermedades del espíritu, para las que no hay otra terapéutica que la voz y el consejo, el cariño y la dulzura de los padres.

¿Qué me diríais de la mujer, que no hallándose sitiada por la miseria, al encontrar enfermo á uno de sus hijos, en vez de acudir al borde del lecho, prodigando cuidados y amor, le enviara á un hospital, á un sanatorio, exclusivamente por librarse de la molestia de cuidarle? Os asombraría seguramente tal indignidad, impropia de una mujer honrada y española.

Pues algo análogo me ocurre cuando veo desaparecer á un muchacho del hogar paterno, la familia me anuncia ruborosa que se halla en el extranjero, y un amigo oficioso afirma que ha sido recluso en un reformatorio.

Se trata—no lo dudéis—de un padre sin vigor, sin abnegación para atender al hijo enfermo. Debe el padre estudiar, percatarse de que su misión es bastante sagrada, bastante transcendental, aun cuando sólo dejara como huella de su paso por el mundo un hombre de corazón y de cerebro, un ciudadano fuerte, capaz de enorgullecer á su patria y de venerar exaltado su memoria.

Yo creo que la mayoría de nuestros infortunios, que la causa de una decadencia, no tan intensa y dolorosa como algunos afirman, hay que buscarla en la psicología del pueblo, cuyo corazón nadie se cuida de formar, que

se inclina al bien casi siempre, porque aún palpita en su alma un soplo, un vestigio de los tiempos remotos, de las generaciones preteritas, que dieron á la raza caudillos bravos, recios paladines, santos, héroes, místicos, y una historia inolvidable de hidalguía, de valor y de grandeza...

Nuestra desdicha ha sido no seguir la pauta que nos marcaba el pasado. Cuando un pueblo tiene un ayer tan glorioso, tan incontrastable, no debe ofuscarle el grotesco y efímero esplendor de una nación que nos deslumbra con sus vicios, con sus licencias, con su perversidad demoledora. Cuando un hombre llega á un burdel, aun cuando le seduzca un instante la locura de aquel ambiente canalla y le hagan felices unas horas el brillo fugaz de unos ojos y la música perversa de unos besos, no siente el anhelo suicida de transformar su casa, el hogar santo donde la madre espera, y que un día santificara una mujer buena, gentil, honesta, con su amor sincero, redimiéndole y confortándole, en una mancebía.

Y algo de esto le ocurrió á nuestro pueblo. Unos machos reblandecidos fueron al burdel, les deslumbró, y, al tornar embriagados al solar de nuestras glorias y de nuestros triunfos, quisieron transformarle, como celestinas

contumaces, á quien su degradación y su cinismo aventara el débil rescoldo de decoro que guardaba su espíritu, y llegan á la infamia de entregar por unas monedas miserables el honor de la hija resignada, en una sucursal, más depravada y despreciable, puesto que sólo lo más grosero, lo más zafio y lo más abyecto importamos de la casa de enfrente, adonde iban unos mocitos jaraneros y unos ancianos decrepitos en busca de placeres inconfesables...

Y así han estado á punto unos revolucionarios y unos novelistas procaces, cuyo exclusivo propósito es, al parecer, influir en la médula de los hombres, de destrozar á un pueblo. Por eso, ahora que han visto dónde conducen esos excesos, esa ausencia de todo sentimiento noble y de todo instinto generoso, es precisa una obra intensa, rápida, de reconstitución... Para alcanzarla necesitamos darnos cuenta de que es indispensable fortalecer el espíritu del ciudadano.

Igual que nos preocupamos de formar hombres recios, igual que atendemos al desarrollo físico de los muchachos, es necesario atender á su vigor espiritual. Están ambos tan íntimamente ligados, que servirá de muy poco contar con una legión de mozos vigorosos, si no les enseñamos, formando su corazón, á enderezar, á encauzar su impulso.

Debemos, con altiva y ruda sinceridad, con hidalga nobleza, señalar nuestros defectos y nuestras flaquezas, hablar alto y claro, aun cuando nos sea duro confesar algún fracaso, que si no iniciamos la obra anhelada, será bastante contribuir á que la realicen los que en la vida nos sucedan.

Seamos sinceros, francos, honrados, teniendo el valor de nuestras palabras y la responsabilidad de nuestros actos, proclamando la verdad escueta, limpia, pura, en esta hora sombría del sofisma, del recoveco, del disimulo, cuando muchos emplean todo su talento y su ingenio en desfigurarla con acierto.

Tengo fe en la verdad, como en Dios, de quien es hija—ha dicho Concepción Arenal—, y cuando no la contemplamos pura, cuando la rodeamos de errores y pasiones, es frecuente hacerla responsable de los males que causan aquel acompañamiento desdichado.

Fortaleza.

En los comienzos de la vida, cuando el niño inicia sus estudios y sus ojos preguntones se asomen escrutadores, inquietos, á los misterios y á las ingratitudes de este mundo, preñado de torturas, la voz y el consejo del padre serán su faro, su guía, la mano salvadora

que le detenga y los labios misericordiosos que disipen los primeros tormentos.

Es cruel rasgar demasiado pronto el velo azul de sus sueños; pero es más insensato encomendar al destino este deber, por evitarse el dolor de compartirlo.

Difícil, dura es la misión de preparar al niño cuando está á punto de tornarse mozo, para afrontar la lucha despiadada y tenaz, para que, ante las miserias y las ingraticudes que nos cercan, tenga un gesto altivo y un ademán resuelto, para que siga caminando sin desaliento ni temor, escuchando la voz de la conciencia y los mandatos del corazón.

Que sea recio y fuerte, que ni el cinismo le desconcierte ni las audacias le inquieten. Hombre forjado á la usanza antigua, caballero leal, amante exaltado, cristiano ferviente, patriota capaz de llegar al sacrificio, bravo, no asequible á la traición, á la ironía ni al desprecio; generoso ante el dolor y desprendido con el miserable; duro con el truhán, correcto con el caballero, afable y efusivo, para dejar por la vida una estela luminosa de amores... Pero que sea fuerte—no me cansaré de repetirlo—; que el llanto femenino, la intriga falaz, la encrucijada rufianesca han otorgado el triunfo á alguno; pero han estado á punto de perdernos á todos para siempre...

Si su rango y su estirpe le han situado lejos del dolor y de la crueldad, su única obligación es llegar al débil, al feble, al que lucha por alcanzar con su esfuerzo lo que él halló resuelto por una gentileza del destino...

Y si ha nacido en los peldaños postreros, adonde la vida empujó á sus ascendientes, su deber es buscar con rudo trabajo la independencia que nos ennoblece y nos rescata, cuando fuimos capaces de alcanzarla. Entonces, lléguese cortés, noble, hacia los de arriba; sea humilde mientras no le recuerden su condición con propósito de humillarle aún más, que sólo al hallar un rufián bajo el ropaje del caballero tendría derecho, el sagrado derecho de la rebeldía, para castigar una infamia.

Pero sin abrumarle en ningún momento con su impertinencia, por saberse más fuerte, que entonces podrán decirle con la protagonista de una obra admirable: «¿Qué importa que los de arriba nos olvidemos de lo que somos, si los de abajo se obstinan á cada instante en recordárnoslo?»

En los albores de la vida.

Si el padre ha estudiado con fortuna al hijo, primero de educarle, si ha sabido recoger las enseñanzas que la vida nos ofrece, pues no hallará texto que tan bien le muestre cómo se forma un corazón, si aprovecha los nimios, los pequeños detalles, percatándose que en cada uno va prendida una advertencia, una orientación á manera de faros protectores que iluminan su senda, mostrándole su misión y su deber, si escucha siempre la voz de la conciencia, en los albores de la vida hallará el mozo los primeros frutos.

Tiene un índice de consejos en la memoria, fortaleza en el corazón, predispuesto al bien. Es un poco excéptico y un poco altivo; ha trazado una línea recta que sigue consecuenta, tenaz.

De vez en vez una tibieza le hará volver los ojos al jardín florido de sus memoranzas, y siempre hallará una pauta, una solución. Si ha caído se erguirá presto, que su vigor le otorga este derecho; si incidió, los brazos del padre le recibirán perdonándole, que por conocerle muy á fondo y por leer claro en sus ojos advertirá que fué noble el propósito y otra la intención.

Pensará que el trabajo encumbra, y luchará con fé; sabrá que el amor conforta, redime, y buscará una mujer como la madre muerta, una mujer á quien le acerque el corazón, que así será feliz, despreciando, compadeciendo á la horda grotesca que espera del connubio la solución de sus vidas estériles.

Creerá, no sólo porque los padres le han enseñado á creer, sino porque la vida mostró á su cerebro preparado, predispuesto para el estudio, los diversos caminos á seguir, y él, por su libre albedrío, llegaráse recto, altivo, á la senda del bien.

No creáis que por una imposición ó por un mandato se subyuga y se apresa la voluntad y el cerebro.

«La virtud genial del pensamiento—dice Menéndez Pelayo en sus «Ensayos de crítica filosófica»—es tan invencible que, aun imponiéndose un yugo y acatando una autoridad, halla siempre un resquicio por donde reconquistar la libertad nativa.»

Lo más transcendental, la labor más difícil y más peligrosa del padre consiste en recordar su vida, las dudas y los temores que le asaltaron al comenzarla, para disponer, para colocar al hijo en trance de afrontarlas serena y virilmente.

No es fácil que el padre prescinda de sus

ideas y de sus doctrinas, si las lleva muy dentro del alma, al educar al hijo adolescente.

Los hombres que ni creen ni esperan, aquellos á quienes un doloroso y agudo escepticismo entibió las energías y los entusiasmos de la mocedad, serán un poco crueles, procurando preservar las almas infantiles de la luz esplendorosa y confortadora de la fe. Su divisa y su pauta, ya que nada niegan, que todo lo dudan y rechazan con pavorosa inquietud, debieran ser estas palabras de Pascal: «Por engañarse creyendo verdadera la religión cristiana, no hay gran cosa que perder; pero ¡qué infinita desgracia engañarse creyéndola falsa!»

Renan dice en «L'Avenir de la Science»: «La libertad de enseñanza es un absurdo. El niño no puede juzgar, y se le da lo que se quiere, y él lo toma. ¿No se acusa á los jesuitas de que afeminan la juventud? Pues la escuela laica la ateizaría.»

Cuando los padres faltan.

Nos hallamos ante un problema psicológico que, tal vez, algunos pedagogos no afrontaran con fortuna; porque para formar un corazón hace falta primero haber sentido despertar al nuestro.

Por ello afirmo desde el comienzo de estas páginas, escritas con demasiada celeridad y premura, que debe encomendarse la educación espiritual del niño á quien se halle muy interesado en su porvenir. Y, claro es, los padres tienen su puesto de honor para cumplir la misión más difícil y más sagrada.

Sería un poco extraño finalizar esta plática sin tener un recuerdo para los infortunados á quienes el destino hace pagar inevitablemente las culpas y las infamias que otros cometieron.

Se hallan solos, aislados; sus rostros no tienen la pátina de dulzura que prestan á los semblantes infantiles las caricias maternas; sus ojos inquietos, escrutadores, parece que quieren descifrar demasiado pronto el enigma pavoroso de sus vidas.

¿Quién ha de formar estos corazones, quién ha de poner un beso piadoso sobre las frentes en que el dolor colocó un pliegue de tormento y de duda?

Al borde de la cuna les sorprenden unas manos de mujer, enjugando sus lágrimas; unas tocas blancas, como palomas mensajeras de caridad y de amor... Las acerca á ellos una vocación santa, unas almas buenas... Pensaron que no hay caridad más hermosa que la que prodiga afectos y dulzura, y que más, ó

tanto por lo menos, como dejar unas monedas que aplaquen un tormento, importa dejar sobre la frente de un niño sin madre el beso sagrado que debió poner ella...

Pues, ahí tenéis, hombres de corazón y de cerebro, la pauta, el ejemplo. No sólo puede ganarse el cielo en la soledad evocadora de los claustros sombríos, ante el lecho del enfermo que abandona la vida con una mirada de misericordia, sino ante las criaturas que la inician, que no tienen nada y lo esperan todo...

Acercáos á esos niños pobres y olvidados, formad sus corazones, como unos padres ejemplares, probos; hacedlos fuertes, propicios al perdón y á la caridad, para que soporten, la sorpresa que les reserva el destino, para que la disculpen y para que la perdonen...

Estudio del pasado y preparación del porvenir.

Castelar comienza su «Historia del movimiento republicano en Europa», con estas palabras:

«El mundo se rige por ideas. Y como el mundo se rige por ideas, así que las concien-

cias se transforman, también se transforman las sociedades humanas. Si queréis cambiar un mundo, cambiad antes las ideas. Y las ideas, á su vez, cambiarán el espíritu humano.»

Dentro de la modestia y obligada lentitud que demanda el esfuerzo, la sociedad actual debía, en gran parte, seguir el consejo del patricio ilustre.

Un hábito de trabajo, un anhelo de lucha incesante, noble, tenaz, demanda el futuro de la Patria.

Enseñad á los mozos á quererla sobre todo, á defenderla con igual rudeza, con esa rudeza salvaje y consoladora con que el hombre defiende á la madre ó á la esposa; que sientan la emoción exaltada ante la bandera augusta, ante el Ejército aguerrido, pregonero bravo de las glorias pretéritas, que adoren á su Rey, al Rey valiente y joven, caudillo excelso de una raza triunfadora; enseñadles la historia para que sientan el bochorno de no parodiar sus páginas de heroísmo... Decidles que existió un Pelayo en Covadonga, un Guzmán el Bueno en Tarifa, un Gran Capitán en Ceriñola y en Garellano, un Juan de Austria en Lepanto; que Colón, gallego, depositó un mundo ante el Trono de los Reyes Católicos; que Hernán Cortés de-

positó otro ante la figura venerable de Fray Francisco Ximénez de Cisneros...

Y quiero terminar, que ya es razón, y sobradamente he puesto á prueba vuestra hidalguía y gentil cordialidad.

Voy primero á recordaros una página del libro prodigioso de Amicis «Corazón», que todos debieran estudiar en los comienzos de la vida...

Admirad y compartid el orgullo santo, legítimo, del viejo soldado que muestra ante su rey las medallas que colocaron sobre su pecho unas jornadas brillantes, defendiendo á su patria, ofrendándola su vida, el entusiasmo gallardo con que rememora ante el hijo su pasado glorioso.

El protagonista de la obra de Amicis acude á la estación con un condiscípulo y su padre, un honrado vendedor de leña, para presenciar la llegada del Monarca.

El anciano Coreta refiere á los pequeñuelos sus andanzas pretéritas, los años remotos de mocedad exaltada y bravía. Fué soldado y acudió á campaña cuando la Patria demandó su concurso. A las órdenes del príncipe gallardo, joven, valiente, esforzado, que dentro de pocos instantes contemplará ya Rey, se deslizaron aquellos días lejanos, inolvidables.



Han pasado luengos años. El tiempo colocó unos hilos de plata sobre su crencha y unos surcos profundos sobre su tez curtida. También el príncipe altivo, guerrero brioso y camarada cordial, que compartía con sus marciales soldados las torturas de la campaña, se hallará más viejo y más triste bajo el peso recio de la corona, dirigiendo y encauzando los destinos sagrados de su pueblo...

Llegan á las cercanías de la estación. Una doble fila de soldados impide el paso. El vendedor de leña no se resigna. Quiere ver de nuevo á su general, contemplarlo una vez más, tan de cerca como cuando estaba confiado á sus bayonetas, á su bravura y á su fervor.

Pretende acercarse. Un sargento de Seguridad le detiene.

—Soy del 4.º del 49—grita seguro, esperando.

—Pase usted—le responde, contemplando respetuoso las medallas que el vendedor ostenta en su solapa con orgullo.

Es feliz. Por aquel instante supremo diera él todos los encantos y todos los amores de su vida proba.

El Rey se acerca. La muchedumbre prurumpe en vivas y aplausos. El anciano lanza también un viva exaltado, férvido, cuando

el regio coche llega hasta su vera y hay una tregua de reposo.

El Rey ha detenido un punto su mirada sobre las medallas, reliquias gloriosas de una jornada heroica. El vendedor, fuera de sí, exclama :

—¡Cuarto batallón del cuarenta y nueve!

El Rey vuelve de nuevo la cabeza, fíjase en Coreta, y extiende su mano fuera del coche.

Coreta da un salto hacia adelante y se la estrecha con unción.

La multitud le distancia de los dos muchachos. Pero él torna presto fatigado, con los ojos brillantes. Por las mejillas rugosas dos lágrimas de gratitud se deslizan. La mano en alto busca la cara fresca y sonrosada del hijo que espera.

—¡Ven acá, chiquitín, que todavía tengo la mano caliente!—y le pasó la diestra por el rostro, diciendo: —Esta es una caricia del Rey.

Luego quedóse como si hubiera despertado de un sueño, contemplando á lo lejos el carruaje, sonriendo, con la pipa entre las manos y en medio de un grupo de curiosos que le miraban.

—Es uno del cuarenta y nueve—decían—. Es un soldado que conoce al Rey. —Es el Rey quien le ha reconocido. —Él es quien le

tendió la mano. —Ha dado un memorial al Rey—dijo otro más fuertemente.

—No—respondió Coreta, volviéndose con brusquedad—, no; yo no le he dado ningún memorial.

—Otra cosa le daría, si me la pidiese.

Todos se le quedaron mirando.

Y él, sin inmutarse, dijo:—«¡ Mi sangre!»
Formad ciudadanos capaces de dar su sangre por su Patria y por su Rey.



JUICIO DE LA CONFERENCIA



“ACCIÓN CONSERVADORA

Conferencias para obreros.



Como anticipábamos en nuestro número de ayer, el cursillo de Instrucción pública para obreros, organizado por la Juventud Liberal Conservadora, quedó clausurado con la conferencia á cargo de nuestro querido compañero D. José M. del Busto.

Satisfecho y orgulloso puede estar este organismo de su labor, pues el éxito ha coronado en absoluto sus esfuerzos, y los plácemes han sido unánimes. Todos los actos se han visto asistidos de numeroso público, en especial de gente trabajadora, que acudió ansiosa de escuchar la palabra de los jóvenes conservadores.

Las conferencias han sido acertadísimas, y los temas desarrollados interesantísimos, como lo probó el auditorio otorgando sus aplausos á todos los conferenciantes y felicitando calurosamente á los organizadores de esta obra social y educativa.

La conferencia de clausura había despertado gran expectación por la calidad de la persona á cargo de quién corría. Es el Sr. Busto un literato de positivo mérito, que goza de excelente reputación, y no es extraño que al sólo anuncio de ella se viese el salón repleto. El local se hizo pequeño para contener á la gente, y en las puertas quedó agolpada buena parte de la que no pudo hallar acomodo en los divanes y en las sillas dispuestos.

A la hora anunciada ocupó la presidencia nuestro querido director D. Luis Antón del Olmet, con sus compañeros de Junta directiva, y dió comienzo al acto.

* *

El Sr. Antón del Olmet, antes de conceder la palabra al conferenciante, hubo de excusar la presencia del ilustre patricio D. José del Prado y Palacio, que muy gustoso había aceptado la presidencia del acto.

Un llamamiento urgente desde Jaén le obligó á salir en el expreso de aquella noche, y

bien á su pesar, se veía privado de presidir una velada instructiva, patriótica, de labor eficaz, fecunda y honrada, como cumple á los esforzados jóvenes del partido liberal conservador. El Sr. Antón del Olmet, al excusarle, dió lectura de una carta que el Sr. Prado y Palacio le había dirigido. Es una página bellísima por su sencillez, que no resistimos á la tentación de transcribirla.

La notable epístola del insigne político conservador, dice así:

Señor D. Luis Antón del Olmet.

Mi muy querido amigo: El hombre propone y Dios dispone. Uno de mis mejores amigos de Jaén me telegrafía que mañana se celebrará la boda de una de sus hijas, que yo he de apadrinar, acto que estaba señalado para el jueves próximo, y que ignoro por qué causas han adelantado, como le digo, por lo que me veo privado, bien á pesar mío, del honor y del gusto de asistir á la conferencia que ha de dar esta noche nuestro excelente amigo don José María del Busto, puesto que debo salir en el expreso de Andalucía.

Prívame esto, además, de la satisfacción de completar el día de hoy, que comenzó con acto tan hermoso, tan educativo, tan transcendental, como el celebrado en la Escuela de

Minas esta mañana colocando S. M. el Rey las condecoraciones otorgadas al joven ingeniero y al capataz que supieron sufrir el martirio de estar enterrados en vida doce días en la mina «Cabeza de Vaca», y oyendo después de labios del Soberano ideas tan altas y sentimientos tan hondos, conceptos tan patrióticos que jamás olvidaremos los que tuvimos la suerte de escucharlos.

La conferencia de nuestro Busto sobre el tema «Cómo se forma un corazón» ignoro qué alcance y desenvolvimiento tendrá; seguramente, como suya, los más acertados y brillantes; pero sea cualquiera el derrotero de su elucubración, siempre conducirá, á no dudar, á enseñar que un corazón desenvuelto en un espíritu moral, bien disciplinado, pronto á todo sacrificio, patriótico, progresivo, científico, será un corazón formado con todas las de la ley y capaz de los más hermosos frutos.

Dé usted, pues, en mi nombre, dos enhorabuenas cordiales: una, al inteligente conferenciante, porque, enseñando á formar corazones, se «enseña á hacer Patria», y otra, á la Juventud Conservadora que usted tan dignamente preside, porque ella, con su constante labor social y política, «la hace».

Siempre suyo verdadero amigo q. l. e. la

mano, **José del Prado y Palacio.**—10 de Abril de 1915.

Al terminar la lectura resonó en la sala una ovación clamorosa y entusiasta.

Seguidamente el Sr. Antón del Olmet cedió la palabra al conferenciante.

* *

Alzóse el Sr. Busto para dar lectura á su notable trabajo, que titula «Cómo se forma un corazón», y el público, en un movimiento rápido, demostró su ansiedad.

No hemos de hacer el elogio del conferenciante. Los lectores de EL PARLAMENTARIO lo conocen bien, porque repetidamente tuvieron ocasión de recrear su espíritu con las crónicas atildadas, elegantes, sugestivas, del que está llamado á ocupar un alto puesto en la literatura contemporánea. Su agudeza psicológica, su cultura y su conocimiento del lenguaje, le prestan medios para el triunfo, que ha de lograr á medida que vaya ofrendando al público los frutos de su ingenio.

La conferencia que leyó ante un auditorio multiforme, es una prueba galana de lo afirmado. Tiene sentimentalismo, valentía de concepto, entraña liberal, fe patriótica y estilo literario. La primera parte de ella la dedicó á

la finalidad que persigue la Juventud Liberal Conservadora, aspirando á formar los hombres de mañana, la generación nueva, briosa, potente, apercibida de sus deberes y percatada de sus derechos.

Los jóvenes que integran el partido miran al futuro, al horizonte que se extiende ante su mirada para actuar patrióticamente, para rectificar pasados errores y para emular las grandezas que esmaltaron antaño la bandera y el nombre de la Patria.

Esta orientación que bellamente describió el Sr. Busto, emocionó al público, que subrayó con entusiasmo tan patrióticas y elocuentes afirmaciones. Nosotros sentimos ante estas palabras una honda satisfacción, por ser persona que comparte con nosotros el trabajo, quien promovía tan agradables impresiones y despertaba tan sanos entusiasmos.

Y, seguidamente, entró á desarrollar el tema de su conferencia. En primer lugar, analizó la labor encomendada á los padres, que tan pocos cumplen con la mirada puesta en el porvenir de la raza. Según es la conducta y la inteligencia de los padres, según es su moral y su desvelo, así resulta formado el corazón de los que nos han de seguir en el camino de la vida.

Este le llevó de la mano á clamar contra

esos correccionales donde se encierra á los niños, que si salieron defectuosos, fué en su mayor parte, dabido á culpas paternas, á ignorancia en el difícil arte de educar. ¿Qué se diría de una madre que al ver enfermo á su hijo lo llevara á un hospital y allí lo dejase postrado hasta que recobrase la salud? Muy duro sería el calificativo. Pues mayor es el que corresponde á un padre que, al encontrarse con un hijo enfermo moralmente, se inhibe por completo, y lo lleva á esos hospitales morales que se llaman reformatorios.

En este punto tuvo el Sr. Busto acentos viriles de condenación para los seres que no supieron educar á sus hijos y que luego se declararon impotentes para reformarlos.

A juicio del Sr. Busto, la tarea de formar el corazón debe iniciarse en los albores de la vida, en el borde de la cuna, derrochando ternuras y cariños, y recordando las propias vacilaciones y los errores que sufrimos nosotros, para evitarlos en nuestros hijos.

La educación espiritual del niño no debe encomendarse sino á quien se halle muy interesado en su porvenir. Los padres tienen en este punto la preeminencia, despertando la fraternidad y todas las bellas cualidades que han de hacerle útil á su Patria y á su raza.

Toda la complejidad del alma del niño des-

filó, bellamente descrita, por la conferencia del Sr. Busto, patentizando su facultad poderosa de observador agudo y perspicaz y de escritor inteligente y ecuánime. Miró al pasado y en él radicó nuestra grandeza y nuestros anhelos para la futura, orientando á los oyentes hacia esta sana vía de reconstitución nacional.

Esta fué en síntesis la labor que nos ofreció el Sr. Busto, realizada con tal escrupulosidad y acierto, que bastan para acreditarle de literato excelente. Cuantos le oíamos ratificábamos sus argumentos. La fuerza intrínseca de los mismos y la galanura de sus formas, subyugaba por igual y cautivaba profundamente.

Al terminar, leyó un trozo selectísimo de Edmundo de Amicis, que venía á corroborar sus afirmaciones. El público, entusiasmado, aplaudió fervorosamente al conferenciante, y le felicitó por la belleza y literatura con que había revestido tan patrióticos pensamientos.

* *

En esta conferencia pudimos notar que entre el auditorio se hallaban varios jóvenes mauristas, amigos antiguos del conferenciante, que acudieron á escuchar las palabras del

Sr. Busto, sabedores de que su labor toda tiene una profunda raigambre patriótica y conservadora.

Todos ellos le estrecharon la mano al terminar su bellísima disertación, digna de la pluma de un literato de mérito, y se complacieron en manifestar que cuanto había desarrollado, era digno de popularizarse, porque ello contribuirá á formar ciudadanos y á corregir extravíos y dudas que se advierten en no pocos por falta de una sana y racional orientación.

Entre el público había también numerosas señoras, que aplaudieron galantemente al notable escritor, como demostración de que no habían sido defraudadas en sus esperanzas. Y con esto se dió por terminado el cursillo de Instrucción pública, que inaugurara el señor Bullón ,y que ha revelado el alto sentido que de su misión tiene la Juventud Liberal Conservadora.

Pueden estar satisfechos los jóvenes de nuestro partido. El éxito acompañó á su trabajo, y de persistir en la tarea, como se proponen, no cabe duda que el pueblo ha de premiar noblemente sus esfuerzos.

El Rey y el partido conservador pueden mostrarse orgullosos de esta agrupación. Tiene fe y entusiasmo, inteligencia y voluntad.

Y todo ello lo pone al servicio de su Patria, de España, en la forma más fecunda y reproductiva, es decir trabajando.—**V. Ballester-Soto.**»

(De «El Parlamentario.»)

OBRAS
DE
JOSÉ MARÍA DEL BUSTO

CUADROS DE LA VIDA, *Figuras que pasan.*
Impresiones, Perfiles literarios).
LA LUNA RÍE... *(Novela).*
CASTILLO DE QUIMERAS *(Novela).*
CÓMO SE FORMA UN CORAZÓN *(Confe-*
rencia).

EN PRENSA

POLÍTICA ESPAÑOLA: *La voz de los distritos.*
DE TELÓN ADENTRO *(Crítica).*

EN TURNO DE PUBLICACIÓN

JARDIN DE MELANCOLÍAS *(Cuentos).*
EL AMOR QUE NACE... *(Novela).*



